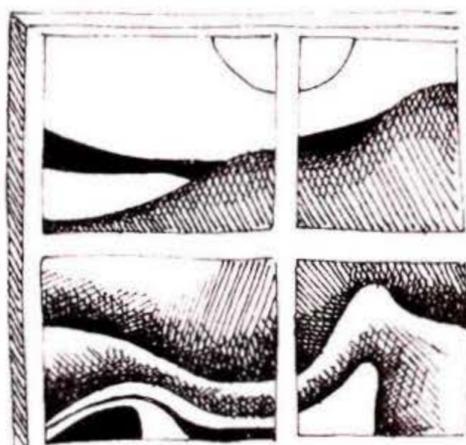


Esto adquiere una connotación mucho más fuerte, si se tiene en cuenta que el propio departamento del Chocó —territorio habitado mayoritariamente por población negra— ha sido invadido por oleadas colonizadoras de antioqueños —expresión máxima del éxito y del progreso blanco— que han entrado a subordinar cuando no a explotar a importantes contingentes de la población negra. La presión que sufren los grupos negros por la presencia cercana de los antioqueños es mayor, en la medida en que éstos últimos se convierten en el modelo de “blanqueamiento” que ha de imitarse para lograr ascenso social. La salida para muchas personas negras consiste en relacionarse con los paisas para obtener el blanqueamiento requerido. En consecuencia, el mestizaje y el blanqueamiento no son únicamente cuestiones ideológicas sino, lo que es más importante, prácticas sociales que operan cotidianamente en los contextos regionales analizados.



El problema supone una interrelación directa entre “raza” y clase, que es uno de los debates centrales del libro y de ciertas corrientes de la antropología contemporánea. Para Wade existe una vinculación directa entre los dos, aunque el elemento predominante sean las condiciones materiales, esto es: la clase. Cuando Wade examina la cuestión del racismo, se encuentra quizá la única flaqueza del libro, puesto que es evidente que en Colombia sí existe el racismo —a pesar de que constitucionalmente se diga lo contrario—, que se encuentra ligado a fenómenos sociales y económicos en cuanto a la

diversa posición en la estructura clasista, lo que quiere decir que un negro con una buena situación económica no sentirá intensamente ni la discriminación ni la exclusión, a diferencia de los negros pobres, que sienten diariamente el rechazo en la escuela, en el trabajo, en los sitios públicos, etc. Sin embargo, aunque todo esto es cierto, no queda clara la manera como el autor intenta revivir la noción de “raza” —una noción muy desprestigiada por sus conocidos efectos criminales—, término que a veces emplea entre comillas y a veces sin comillas. Que exista el racismo y la discriminación racial, no puede llevar, nos parece, a revivir la anticuada noción de raza, aunque sea evidente, como nos lo dice el autor, que en el Chocó se superponen la región y la “raza”: es decir, que allí la presencia negra es mayoritaria. Wade sostiene que la verdadera diferencia entre raza y clase radica en que la última hace referencia a fuerzas materiales y la primera es un “signo”, basado “fundamentalmente en los aspectos de ‘apariencia física’ históricamente constituidos, la cual generalmente ha hecho significar [...] alguna diferencia de riqueza y poder” (pág. 394). Que esto sea así está asociado al racismo, pero en sí mismo no demuestra que como tales existan las razas.

Éste es el único punto que no es convincente en el rico análisis que efectúa Wade sobre lo que él denomina la “geografía cultural” colombiana, que le permite examinar un sinnúmero de elementos culturales hasta ahora poco examinados. Entre esos elementos podemos mencionar el estudio de Unguía, un pueblo negro influido por la penetración antioqueña, para ver la forma como funciona el blanqueamiento interior en una comunidad negra, y el estudio de los negros en Medellín, para comprender la manera como los negros migrantes se adaptan y resisten en una ciudad “blanca”. También se destaca el análisis de la música y los bailes negros, la existencia de redes de solidaridad y de supervivencia de los negros chocoanos en Medellín,

las relaciones sexuales y matrimoniales entre blancos y negros, etc.

Es de lamentar que un libro tan interesante e innovador como el que hemos reseñado haya sido tan pesimamente editado, no obstante que está firmado por cuatro reconocidas editoriales. Las erratas son frecuentes: al parecer no existió una revisión final, pues se ve que todo lo dejaron sometido a la autocorrección del procesador de palabras. La letra y la diagramación escogidas son las menos adecuadas para invitar a leer un libro. Pero la calidad del libro en sí es tal que, no obstante el descuido en la edición, deberá ser considerado en lo sucesivo como una notable contribución a las ciencias sociales no sólo de nuestro país sino de todo el continente, por las múltiples sugerencias que presenta, por la relación entre el trabajo de campo y los debates teóricos en diversos ámbitos de las ciencias sociales, por la apertura mental para romper los estrechos marcos de una disciplina, por la diversidad de técnicas y métodos empleados y, sobre todo, por la pasión y amor que el autor demuestra por este terrible y hermoso país que se llama Colombia.

RENÁN VEGA CANTOR

## Negros, blancos, indios, oro, lluvia

### Construcción territorial en el Chocó. Historias regionales

Patricia Vargas Sarmiento  
(coordinación y compilación)  
Ican, PNR, Obapo, Ministerio de Cultura, Bogotá, 1999, dos vols., il.

“Todo pueblo tiene una historia”, “Todo pueblo posee una cultura”, “La historia y la cultura se construyen en un territorio”, son tres de los subtítulos del último capítulo (vol. 2) que me parecen circunscriben (aunque no agotan) este trabajo, que se ve enmarcado en la reglamenta-

ción del artículo transitorio 55 de la Constitución nacional y la posterior redacción de la ley 70 de 1993. No es hasta la Constitución de 1991 cuando se reconoce que las comunidades negras tienen formas culturales propias que influyen en su legislación, resolución de conflictos y usos y apropiaciones del territorio. Como resultado de esto, el Instituto Colombiano de Antropología (Ican) estimuló esta investigación como parte de su programa de Historias Locales y Regionales y del entonces Plan Nacional de Rehabilitación (PNR), la cual se desarrolló conjuntamente con la Obapo (Organización de Barrios Populares y de Comunidades Negras de la Costa Pacífica Chocoana).

En los años 1992 y 1993, se inició un proceso para entender las relaciones entre cultura y territorio en los barrios populares de Quibdó y en los municipios de Nuquí y Bahía Solano. Dentro de este proceso se intentó capacitar a los miembros de estas comunidades con el fin de que fueran partícipes activos en la redacción de la ley 70 de 1993.



Este trabajo busca hacer una reconstrucción de los "patrones" culturales de las comunidades afrochocoanas, desde el momento mismo de su llegada al territorio para trabajar como esclavos en las minas o cuando algunos cimarrones o libres deci-

dieron establecerse en la zona del actual departamento del Chocó.

El territorio es entendido desde el punto de vista cultural. Es la conjunción del entorno geográfico y la apropiación y usos que del mismo han hecho las comunidades allí. El río, la selva y el mar han caracterizado la producción afrochocoana a lo largo de la historia.

A efectos de hacer más comprensible este texto, se ha dividido en dos volúmenes que comprenden dos maneras diferentes de acercarse a la conformación cultural del territorio. En el primer volumen se incluyen los trabajos "académicos" y en el segundo los resultados de los acercamientos que la misma comunidad hizo sobre ella dentro del programa de investigación-capacitación.

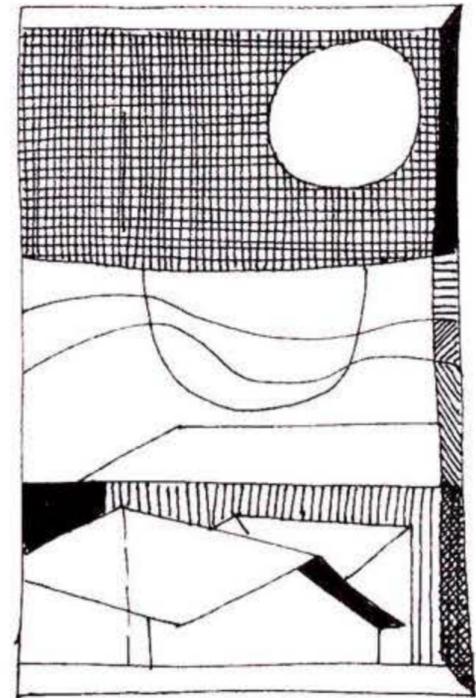
El primer texto constituye un intento de hacer una caracterización social de las comunidades afrochocoanas, principalmente de los barrios populares de Quibdó. Debido a la fortaleza de los lazos familiares y de vecindad, estos barrios están habitados por personas oriundas de las riberas del mismo río, o del mismo poblado. Esto genera unas relaciones de pertenencia y de reafirmación de identidad cuya máxima expresión se encuentra en las fiestas de San Pacho, en las cuales cada barrio participa casi de manera autónoma.

Estos fuertes lazos familiares hacen que, a diferencia de otros lugares del país, las relaciones entre lo rural y lo urbano no se rompan muy fácilmente. Sigue habiendo una parte de la familia ubicada en el campo, y que es fundamental, porque provee casi todos los medios de subsistencia de quienes han migrado a la ciudad, casi siempre en búsqueda de educación para los hijos.

En el campo las actividades más importantes son la agricultura, la caza, la pesca, la extracción de madera y de oro. Estas actividades están determinadas por las lluvias, las mareas, la luna y otros elementos que marcan incluso la jornada diaria. Estos elementos son muy importantes dentro de la conformación social. Resultado de ella es su fuer-

te sentido de pertenencia, basado principalmente en la familia extensa con una amplia red de parientes y amigos muy reconocidos.

La conjunción de los ámbitos rural y urbano es tan profunda, que los barrios se han ido conformando más como pueblos. Los asentamientos urbanos tienen una disposición lineal a lo largo del litoral, en donde los poblados se localizan entre la playa y los esteros que se forman en los deltas de los ríos. Por lo general las gentes se desplazan del pueblo al mar, a la selva, a la quebrada o al manglar para realizar sus actividades diarias de producción.



Uno de los aspectos que más llaman la atención es que los territorios de los troncos familiares no son continuos ni en la zona urbana ni en la zona rural; más bien la propiedad tiende a distribuirse en fincas pequeñas cerca de las quebradas y en lotes de terreno en el pueblo.

El segundo artículo es el de Patricia Vargas. En él la autora intenta buscar en las fuentes históricas las relaciones que consolidan el sistema de apropiación territorial con la conformación social. Empieza en el siglo XVIII con la llegada de esclavos africanos al actual territorio chocoano. Ella sostiene que la conformación territorial de las comunidades negras está estrechamente relacionada con sus propias formas de resistencia y adaptación a la

esclavitud por cuatro vías: el cimarronaje, el campamento minero, la automanumisión y la manumisión. Creo que a la autora le falta reconocer que también la forma de apropiación territorial está íntimamente relacionada con la interacción entre diferentes grupos étnicos, como los españoles y los indígenas emberas y cunas.

Llama la atención la reflexión que ella hace sobre los lazos de solidaridad. Sostiene Vargas que estos lazos se originaron en el contexto de las cuadrillas, donde era importante crearlos entre desconocidos que compartían la misma condición como una manera de adaptación y rebeldía.



Utilizando como fuente las leyes y normas que produjo la corona española en relación con los negros, la autora sostiene que puede encontrar los orígenes de algunos aspectos culturales actuales. Así pues, concluye que los afrochocoanos hicieron suyos espacios religiosos que les dio el sistema esclavista incorporando sus propias tradiciones; así se explican los rosarios, los chigualos y novenarios, entre otros.

El ensayo de Eric Werner Cantor "Extracción de oro: encuentro de emberas, afroamericanos, y europeos en la cuenca del Atrato. Siglo XVIII" tiene como objetivo dilucidar las interdependencias entre las diferentes actividades económicas en la provincia de Citará, alrededor

de la extracción de oro y los roles que desempeñaron las diferentes etnias que confluyeron en la región.

En la provincia de Citará la economía minera fue lo que articuló a la producción agrícola y a las actividades de transporte y comercio y que hizo del campo de la economía el único escenario posible para la interacción de indios, negros y blancos.

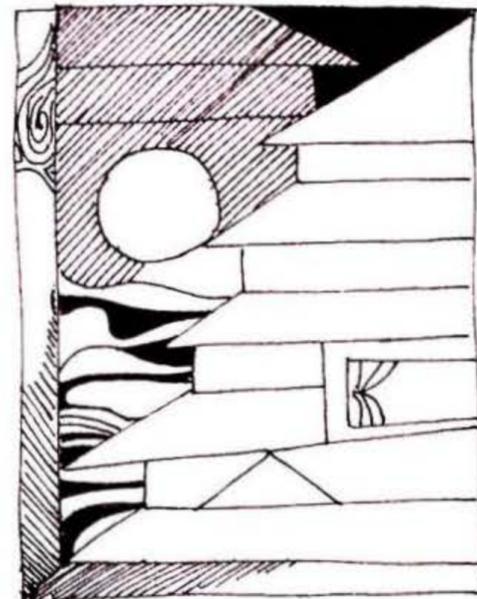
Se destaca que en el siglo XVIII los emberas y los afroamericanos se relacionaron más por la coexistencia que por una convivencia real, aunque compartieron la dominación política y la explotación económica ejercida por los españoles que buscaban la extracción de oro.

Las mismas condiciones de extracción del oro, bajo rendimiento y falta de mano de obra capacitada y de tecnología exigieron un esfuerzo mayor de los esclavos. También la crítica situación de algunos dueños de minas afectó a las familias negras, las cuales se veían divididas, cuando por el pago de deudas los esclavos eran trasladados a diversos lugares y sus lazos de solidaridad fueron disueltos. Pero, cuando el sostenimiento de la mina se hacía imposible, los españoles las abandonaban y las familias afroamericanas ganaban su libertad.

Con relación a la interacción entre negros e indios, los primeros aprendieron de los segundos las técnicas de agricultura, aunque siempre estuvieron separados porque la legislación de la época así lo dispuso. Ésta es la razón que lleva al autor a concluir que la transmisión directa de conocimientos no fue posible y que fueron los blancos quienes se encargaron de hacerlo, cuando en la segunda mitad del siglo se apropiaron de algunas extensiones de tierras para el cultivo de maíz y plátano.

Uno de los factores de gran importancia para el sostenimiento de las cuadrillas y para los blancos dueños de minas fue el comercio y el transporte de mercancías y de oro. Por esto el cierre del Atrato al comercio y a la navegación permitió que los esclavos aprendieran el cultivo del maíz y del plátano.

El dominio de los corregidores sobre las comunidades emberas socavó sus bases económicas de auto-subsistencia y los sumergió cada vez más en el empobrecimiento y la escasez, hecho que se hizo evidente en los conflictos de tierra del último cuarto de siglo.



De los tres ensayos de Jorge Gamboa, el primero versa sobre manumisión de esclavos, el segundo es una reconstrucción principalmente demográfica de los negros en el Chocó y el tercero es un recuento de las políticas de baldíos y distribución territorial y su impacto en el Chocó.

El ensayo sobre la manumisión de esclavos muestra que el proceso de liberación comenzó mucho antes de las leyes que abolieron la esclavitud e incluso antes de que la Nueva Granada lograra su independencia de España. Aun en las épocas de mayor auge esclavista, la población cautiva nunca logró sobrepasar a la población libre, que fue creciendo aceleradamente desde fines del siglo XVIII, hasta representar el 97% de los habitantes del Chocó. Las personas que ganaron su libertad se establecieron en zonas de difícil acceso a donde las autoridades no pudieran llegar. Así fueron poblando la cuenca del Baudó, la cuenca del Atrato hacia el occidente y las costas del Pacífico. Fundaron comunidades con cierta autonomía en el desarrollo de formas propias de conformación social y donde implementaron

una agricultura de subsistencia, combinada con actividades como la caza, la pesca y la minería.

En el segundo ensayo, teniendo como fuente principal los censos de población y empadronamiento, el autor realiza la composición de la población chocona, enfatizando en los negros, en los municipios de Quibdó, Nuquí y Bahía Solano.

El tipo de fuentes utilizado imposibilita ver el comportamiento de la población chocona en el siglo XIX. Y este mismo inconveniente lleva al autor a señalar que la población del departamento crece significativamente a partir de 1905, sin señalar muy claramente las razones de ese crecimiento.

Vale la pena resaltar que el departamento sigue siendo rural, aunque el crecimiento urbano se ha acelerado en los últimos años.

Otro aspecto importante es la falta de atención médica y la baja cobertura en los servicios públicos, lo que desemboca en la alta mortalidad, a pesar de que el número de hijos por mujer tenga el índice más alto del país.

El ensayo sobre baldíos en el Chocó analiza las políticas que sobre el tema han regido desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1930, poniendo el énfasis en la costa del Pacífico y en las cercanías de Quibdó.

En el territorio chocono, al igual que en el resto del país, las políticas sobre baldíos y concesiones de explotación de recursos naturales, durante el período de estudio, estuvieron referidas a uno de los ciclos exportadores que caracterizaron a la economía colombiana durante ese período. Así pues, el cultivo y la comercialización de la tagua y del caucho definieron este proceso en el departamento.

Las tierras consideradas sin dueño fueron declaradas propiedad de la corona española, y en el momento de la independencia pasaron a ser propiedad de la república. Ésta las utilizó en pago de la deuda pública, adjudicando tierras a sus acreedores. También se adjudicaron tierras a campesinos, con el fin de fomentar

la agricultura. Es importante considerar que las adjudicaciones de tierras en el Chocó estuvieron prohibidas desde la guerra de los Mil Días hasta 1906, y la titulación de minas y baldíos a extranjeros en el Chocó y el Darién.

Los resguardos indígenas fueron un factor de conflicto con los afrochoconos por las múltiples invasiones, principalmente en la región del San Juan.

Uno de los mayores problemas que han enfrentado los afrochoconos es el referido a los títulos de tierras, porque estos trámites eran muy costosos y además requerían el desplazamiento hacia un poblado con la autoridad competente para otorgarlos. Por esta razón llegaron muchas personas de la zona andina del país con los títulos de propiedad, expulsando a los afrochoconos y robando las tierras que ya habían sido trabajadas.

El artículo de Zulia Mena intenta plantear algunos elementos que definen el territorio de la comunidad negra, partiendo de que la relación campo-poblado es lo que ha posibilitado que las comunidades sobrevivan sin agotar los recursos naturales.

Uno de los más comunes patrones de poblamiento consiste en que cada tronco familiar se va expandiendo y trasladando, de acuerdo con los ciclos naturales, a nuevos territorios, sin abandonar los anteriores.

La autora explica que tradicionalmente han existido dos tipos de propiedades, una "privada", familiar y hereditaria, y otra colectiva que incluye bosques, playas, esteros, ciénagas, ensenadas, etc. Esto demuestra los lazos de solidaridad existentes en las comunidades, así como "la mano cambiada y la minga".

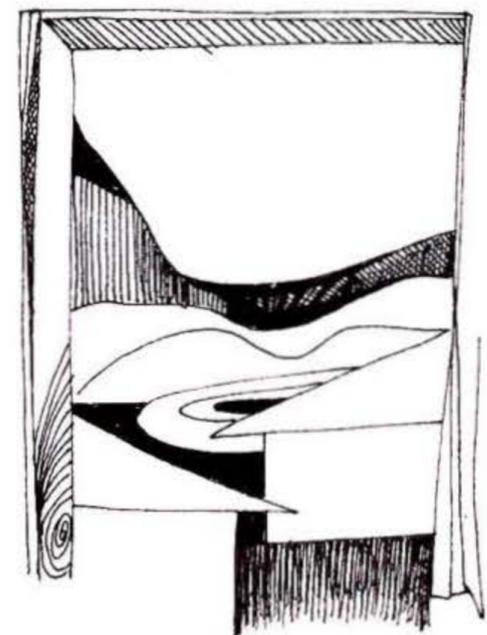
Lo más importante es que las personas consideran el territorio como un todo integral; por eso los constantes traslados y las estrechas relaciones entre lo urbano y lo rural.

Sigue el texto de Patricia Montes referido al ordenamiento territorial, particularmente de los poblados. Tradicionalmente las comunidades negras se han asentado en los bordes de ríos, quebradas o del mar,

siendo éstos el elemento ordenador, lo cual produce una distribución urbana diferente de la tradicional cuadrícula impuesta por los españoles.

La autora señala que el agua (ríos, quebradas y mares) no sólo constituye el principal medio de comunicación, sino que además es "el eje ordenador de un poblamiento lineal, caracterizado por una gran riqueza espacial que lo diferencia perfectamente de otros. En él se reflejan una cultura, una forma de concebir el mundo, de conocer y de actuar". Nos muestra cómo se siguen conservando los espacios colectivos y los patios traseros, aunque se han modificado sus dimensiones, el uso que se les da y los materiales de construcción.

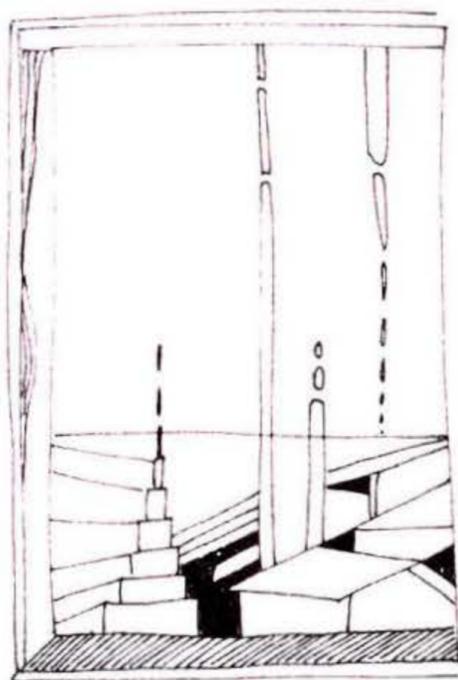
Es muy interesante el análisis que hace Montes sobre los usos de cada una de las partes de la casa y de cómo la particularidad de la construcción tiene su justificación en las condiciones naturales o en los usos sociales del espacio.



A continuación encontramos el ensayo de Germán Ferro Medina sobre los aspectos religiosos de la cultura chocona. Él afirma que expresiones culturales como los chigualos, los alumbrados, los novenarios, las chirimías, los velorios y las fiestas de San Pacho son las expresiones de una "religiosidad pagana".

Aunque todavía no termina el primer volumen, yo considero que hasta aquí van los trabajos que antes he llamado "académicos".

El trabajo que hicieron con la comunidad que llamaron "investigación-capacitación", consistió en dar un cuestionario que está transcrito al final del segundo volumen, para que lo desarrollaran dentro de la comunidad, utilizando como fuente principal la tradición oral. No hay ningún indicio de que hayan utilizado otras fuentes, a excepción de las empleadas para la elaboración de los mapas y planos, que no se especifican.



Los trabajos son la resolución del cuestionario para Nuquí, Bahía Solano y los barrios populares de Quibdó. Son muy interesantes, porque dejan ver lo que las personas de la comunidad piensan sobre su propio territorio y su organización social.

Es interesante este trabajo, no sólo por su intento de aporte a la comunidad en la medida en que, como ya indiqué al comienzo de este escrito, estaba enmarcado en la redacción de la ley 70 y ésta afecta en algún sentido a los grupos a los cuales se estudió, sino porque además trata de abrir una puerta a la *real* participación de las comunidades en la producción de conocimiento sobre ellas, que *debe* ser, además, *para* ellas, sino también en la participación de éstas en la producción de las leyes que de una u otra forma entran a regir sus vidas, teniendo en cuenta que el Estado hace un montaje sobre el "cuento"

(porque es un "cuento" ¡y hasta mal echado!) de la participación, que no es real, que se queda en la ilusión creada y en la mentira oportunista para lograr la aceptación de medidas que generalmente lo único que conllevan es retrocesos o pérdidas de los logros obtenidos en las luchas sociales.

Ahora bien: entre los puntos criticables, es de resaltar que, así como es evidente la preocupación por definir claramente términos como *territorio*, *cultura*, *identidad*, *etnia*, hay una confusión con los términos que definen a las poblaciones a las cuales se refieren. Afrochocoanos<sup>1</sup>, afrocolombianos y negros son utilizados como sinónimos, pasando por alto, por un lado, las discusiones académicas en torno al tema (véanse los trabajos al respecto de Jaime Arocha, Eduardo Restrepo, Peter Wade, Anne Marie Losonczy por citar algunos nombres<sup>2</sup>) que muestran cómo éstos tienen una gran significación política, racial y antropológica. Por otro lado, no se reconoce cuál es la referencia con la cual se definen los integrantes de estas poblaciones sobre ellos mismos, lo cual es muy interesante, en la medida en que términos como *afrocolombianos* son una invención de intelectuales, referencias que poco o nada han tenido que ver con las comunidades y la asimilación o no de éstas por parte de ellas. También este término de *comunidades*, que yo también utilizo, es problemático, como se puede ver en el artículo de Eduardo Restrepo "Territorios e identidades híbridas", en *De montes, ríos y ciudades*, libro publicado por el Ican, Fundación Natura y Ecofondo (1999), aunque la discusión en torno a este término es mucho más antiguo en el ámbito antropológico, como se puede observar en lo expuesto por este autor y la bibliografía en el artículo a que hago referencia.

Por último, quiero hacer notar que la edición tiene problemas en cuanto a redacción y digitalización, que se podrían enmendar con una adecuada corrección de textos. Debo anotar que, sin embargo, hay una "extensa" fe de erratas, que no sería

necesaria si el libro hubiera tenido una cuidadosa revisión editorial.

LEONARDO MONTENEGRO  
Profesor adscrito,  
Universidad Nacional de  
Colombia

1. En este escrito he mantenido las referencias que critico siguiendo el texto como fue construido.
2. Me tomo el atrevimiento de recomendar algunas lecturas introductorias al tema —o a la discusión si se prefiere—, como son: "Concheras, manglares y organización familiar en Tumaco", en Cuadernos de Antropología, núm. 7, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, del profesor Jaime Arocha. De este mismo autor, "La inclusión de los afrocolombianos, ¿meta inalcanzable?", en *Los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999. De Eduardo Restrepo, artículos como "Invenciones antropológicas del negro", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXXIII, Bogotá, 1996-1997, o "«Afrogénesis» y «huellas de africanía» en Colombia", en *Boletín de Antropología*, de la Universidad de Antioquia, vol. 11, núm. 28. Para una búsqueda de material bibliográfico sobre el tema, remito a la recopilación hecha por el antropólogo Eduardo Restrepo sobre "Poblaciones negras" (como está titulada), la cual se puede encontrar en la página de la SEIAAL de estudiantes de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia en Internet.

## Las cabezas perdidas

Wayuu. Cultura del desierto  
colombiano

Santiago Harker

Villegas Editores, Bogotá, 1998,  
192 págs., il.

Al proponer la confusión y la multiplicidad o ausencia de significados, el surrealismo opta por lo incognoscible, lo aparente y onírico. Lo intuitivo y poético configuran otra realidad. Al cambiar de lugar, las cosas alteran su significado y desorientan al espectador. Sus cualidades surrea-